

# “EXCEPTO LA MÚSICA, no me sucede nada” El *Diario* de Mihail Sebastian

Elizabeth Corral

**Pero no es de su trabajo [...] de lo primero que habla en el cuaderno que mantendría por años sino del concierto que acababa de escuchar por Radio Praga ese martes 12 de febrero, el *Concierto en sol mayor para trompeta, oboe, clavicémbalo*, y del que escuchará en seguida, en sol menor para piano: “Estoy en pleno Bach”.**

El escritor rumano Mihail Sebastian (seudónimo de Iosif Hechter [Braila, 1907-Bucarest, 1945]), empezó a escribir su extraordinario *Diario*<sup>1</sup> en 1935, al parecer sin una razón particular. Tenía 28 años y ya había compuesto y publicado artículos, ensayos, novelas; la última, *Desde hace dos mil años* (1934), sobre la cuestión judía en Rumanía, había despertado polémica. Trabajaba como abogado, periodista y era escritor reconocido en su círculo. Fue miembro del grupo de intelectuales que se reunía alrededor del catedrático Nae Ionescu, de la Universidad de Bucarest, y uno de los fundadores de la Asociación Criterion. Su medio era el de los escritores, directores, perio-

distas, dramaturgos, actores. “Mihail Sebastian es ese desconocido [que] nos seduce desde el principio...”, escribe Muñoz Molina, y agrega: “Cioran, Eliade, Ionescu, pertenecen a la gran cultura internacional del siglo xx [...] La celebridad universal que alcanzaron luego los tres [...] le fue vedada por la mala suerte y la crueldad del azar” a Sebastian, amigo de todos ellos, su igual “en inteligencia [...] en cosmopolitismo [...] en calidad literaria” (Prólogo).

En las páginas iniciales del diario, Sebastian lamenta la reciente pérdida de los primeros capítulos de una nueva novela, *El accidente*, y lo encontramos escribiéndola otra vez, una inmersión espinosa que duró poco más de

los dos años en que la elaboró a contrapelo de las circunstancias y como antídoto a las atrocidades. Pero no es de su trabajo –al que dedica mucho espacio, al igual que a sus amores, a la situación política y social, al esquí: se trata de un diario de veras apasionante– de lo primero que habla en el cuaderno que mantendría por años, sino del concierto que acababa de escuchar por Radio Praga ese martes 12 de febrero, el *Concierto en sol mayor para trompeta, oboe, clavicémbalo*, y del que escuchará en seguida, en sol menor para piano: “Estoy en pleno Bach”, afirma.

Cuando hizo ese registro, Sebastian había tenido tiempo para vivir en carne propia lo que significaba ser judío en una Rumania que cada día exacerbaba más su antisemitismo ancestral; de confirmar cómo maestro y amigos asumían sin reserva ni sombra de duda posiciones que los hacían hombres de derecha y simpatizantes de Hitler. Lleva a preguntarse si la causa del diario no está justamente en la separación cada vez más irrevocable de los que por años han sido sus interlocutores. En octubre escribe: “Tristes tiempos, muy tristes. Qué ola de vulgaridad en la que todos se ahogan, por hipocresía, cobardía e interés. ¿Llegará el momento en que se pueda hablar francamente sobre estos negros días?” (11 de octubre de 1935). Tenía una mente sofisticada y literaria, como señala Philip Roth, con la que contemplaba el horror en el que se sumían cercanos y lejanos. El *Diario* de Sebastian presenta una visión lúcida, inteligente, emocionada de esos años que sacudieron a Europa y al mundo, la experiencia de un judío cultivado, un escéptico en busca de armonía, que recibe con asombrosa ecuanimidad la brutalidad de su época.

Era un perfeccionista y padecía por ello, pero no podía evitar-

lo; se diría incluso que nunca fue muy consciente de este rasgo, seguro como estaba, en cambio, de sus incompetencias: se recrimina cuando escribe, cuando se enamora sin esperanzas, por lo poco que sabe de música, por la manera en que desaprende el esquí, por su desempeño como abogado. Cuando hay quejas en su diario, son autorreproches, incluso por las cualidades: “Debería tener más intransigencia e incluso rigidez en mi vida...” (15 de junio de 1936); en esas ocasiones, pareciera descargar la ira contenida que apenas se adivina en otras situaciones escabrosas consignadas en el *Diario*, pasajes sintéticos y poco adjetivados. También hay guiños de satisfacción por algún logro, pero disminuyen a medida que avanza la guerra y va quedando más aislado y haciéndose más vulnerable. El *Diario* es prueba de un carácter reflexivo e inclinado a explicar(se), de sensibilidad aguda, gran rigor, leal, tenaz. A pesar de que pronto tiene que olvidar la vocación a la felicidad que declara al principio, a veces logra imponer ese ánimo a la atmósfera gris y llena de amenazas. “Hacia mucho que no había sentido con tanta intensidad el deseo de ser feliz”, escribe en febrero de 1935; “... me siento feliz en la medida en que todavía puedo ser feliz”, afirma un año después (31 de enero de 1936).

Quizá, y pese a todo, tuvo más momentos dichosos de los que podría pensarse, porque era alguien dispuesto a complacerse cotidianamente con los deslumbramientos que le daban la naturaleza, el arte, las mujeres a las que amó, muy pocas veces los amigos (de los que reniega poco; bien visto, poquísimo, pero sin suprimir su opinión o asombro). Cuando escribaba, disfrutaba la relación particular que se establece con el entorno y regresaba de la nieve lleno de energía, contento de las



Mihail Sebastian.

horas que pasaba cumpliendo los retos en bajadas pronunciadas o caminos accidentados de la montaña. En el *Diario*, siempre que esquía, habla de rejuvenecimiento; quizá por eso nos parecen páginas de otro talante, con una alegría un tanto juvenil, la del muchacho con tiempo de sobra enfrascado en el juego de bajar el declive nevado, libre de cualquier otra preocupación. Disfruta cada momento y la experiencia es de una intensidad que luego recrea en su literatura, a donde va a parar todo lo que vive. La creación parece ofrecerle una alegría de otra índole, a menudo empañada por el enfado de no terminar cuando ya tiene otro

proyecto y por el susto de la recepción una vez que la obra esté publicada (“Comprendo muy bien su turbación. No es una emoción literaria. Es otra cosa que me gusta menos pero me interesa más. Es un sentimiento personal: él se siente implicado en el libro”, escribe luego de hablar con su amigo Froda de *El accidente* [11 de marzo de 1938]). No para de imaginar proyectos: una novela corta para explicar el personaje a Leni (actriz y medio novia, protagonista de *Juegos de invierno* y en quien Sebastian se ha inspirado para escribir el papel de la pieza); una obra de teatro a partir de un capítulo de *El accidente*, porque ese persona-

je todavía le despierta curiosidad; un ensayo sobre Proust, sin duda uno de sus héroes: es lección de literatura y de vida, escribe; una historia de la novela rumana. Hay días en que se sumerge en la escritura y termina satisfecho, sacando hojas que al final cuenta con alegría; pero abundan los que apenas vive cuando esquía, semanas enteras cargando la nube negra, la de la esterilidad y los dudosos atributos, la de los avances flacos que le parecen una miseria. Él mismo lo dice, marcha de manera accidentada, frena, se empantana, aun cuando ha imaginado toda la obra, la tiene en la cabeza: “Es inútil envenenarme con café y cigarrillos, es inútil drogarme con música [...] es inútil imponerme insomnios a título de castigo... Todo es inútil, no va, no quiere ir” (7 de diciembre de 1939). Son como arranques de neurosis por los obstáculos en la escritura, a los que luego trata como a una borrachera, una vez que la obra avanza y cuando ve el absurdo de sufrir por la literatura o por un amor desdichado en un mundo desalentador y peligroso como el suyo.

Pero la música siempre lo entusiasma: “Algunos momentos de enorme emoción, como nunca he tenido con la música. Y no sé qué tensión nerviosa, no sé qué vibración continua que está recorriendo mi ser todo el día”, dice cuando escuchó a Kempff interpretando tres conciertos de Beethoven (3 de noviembre de 1935). “Paso la tarde con la ilusión de la música”, y agrega: “una especie de narcótico o una especie de bravata. Es como si me dijera que, no obstante, no está perdido todo, lo que se dice todo” (13 de enero de 1938). Bach, Mozart, Haydn y en parte

**Pero la música siempre lo entusiasma: “Algunos momentos de enorme emoción, como nunca he tenido con la música. Y no sé qué tensión nerviosa, no sé qué vibración continua que está recorriendo mi ser todo el día”, dice cuando escuchó a Kempff interpretando tres conciertos de Beethoven (3 de noviembre de 1935).**

Beethoven son sus favoritos en los primeros años, pero está abierto a lo que las radios europeas le ofrecen y a seguir sus pesquisas: la casualidad le obsequia en las radios de Budapest y Bucarest programas de obras de Berlioz cuando lo que a él le importa es el personaje desde la víspera, luego de leer un artículo sobre él; más que la música, dice, le interesa el hombre, “tan arrebatado e inteligente” (29 de febrero de 1938). En los peores momentos, se aferra a la música, escuchando tanto que es incapaz de registrar en el *Diario* todos los títulos de los últimos días. En los mejores, en los de algún vuelco existencial, la música es un deleite sobre el que reflexiona a profundidad. Escribe notas semanales que publica en *L'Indépendance Roumaine* bajo el seudónimo de Flaminus, y consigna sus impre-

siones en el *Diario*, como el 28 de marzo de 1937 sobre la *Pasión según san Mateo*, luego de escucharla una primavera más, siguiendo su costumbre y superstición: “Todo me pareció más íntimo, menos ceremonioso, menos severo, más mozartiano que antes”.

“Estoy cansado de tanta música, pero es lo único que hay de consolador en estos últimos tiempos” (16 de noviembre de 1935), dice en un momento particularmente funesto. Tres semanas después escribe: “Excepto la música, no me sucede nada” (11 de diciembre). La falta de radio (porque se descompone, porque se la quitan, porque solo encuentra emisoras alemanas que se niega a escuchar) es tema porque entonces falta la música, narcótico y armadura, y entonces fluyen los recuerdos que lo llevan a imaginarse oyendo alguna obra, alguna interpretación.

Increíblemente, Sebastian sobrevive al infierno, enfrascado siempre que puede en sus pasiones, tal como lo vemos en el *Diario*, a pesar de que es ahí mismo donde confirma repetidamente que, como la inteligencia y la cultura, la excelente educación y los viajes, la literatura y el amor, la música no es ningún antídoto contra la barbarie. **LPyH**

<sup>1</sup> Mihail Sebastian, *Diario (1935-1944)*, introd., trad. y notas de Joaquín Garrigós, pról. de Antonio Muñoz Molina (Barcelona: Destino, 2003).

**Elizabeth Corral** estudió en la UNAM, en la Universidad de Toulouse-le Mirail y en El Colegio de México. Es investigadora en la UV.